

ratura enervante de tu clima, no habrán de desplegar la actividad de los habitantes de las zonas del norte en nuestra misma España, y que las brisas perfumadas de tu huerta predisponen más al tranquilo y regalado disfrute del bien presente que á los afanes y las zozobras para conseguir el futuro, exaltando las facultades imaginativas y adormeciendo las pensadoras; pero no lo es menos que el huertano, el morador de tu paraíso, el que cultiva como sus antepasados y riega con el sudor de su frente aquella tierra, amenazada siempre por los terribles desbordamientos y las crecidas destructoras del río,—dedicado á las faenas agrícolas, según las entiende, no es grande el tiempo que tiene para holgar, ya trabajosamente inclinado todo el día sobre los bancales, ya sumergido hasta las rodillas en el agua turbia de sus acequias, disponiendo cuidadoso las diversas producciones que han de servirle de sustento.

Únicamente los domingos, ó cuando se agita alegre ensordeciendo los aires el vibrante bronce de la Ermita de la Fuente Santa, el día de la Patrona de Murcia; cuando llega la bulliciosa feria, ó la renombrada y extravagante fiesta de *los Alcázares*, ó la Semana Santa, ó alguna otra de las grandes solemnidades, es cuando se engalana y se permite dar ostensibles treguas al trabajo. Y entonces, poniendo á contribución el arca, aparece en su traje hereditario y característico, ceñido á la cabeza y atado por delante cual tocado morisco, el pañuelo de algodón, de vivos colorines, amarillo, azul y grana, especie de turbante del que rara vez se despoja y por bajo del cual asoman á los lados sendos mechones de cabello, cortado al rape en la parte central del cráneo; sobre

que l'Espagne ait jamais eus! Certes, on ne pouvait pas dire alors ce que le cardinal Belluga dit plus tard si justement: *El cielo y el suelo buenos, el entresuelo malo...* Au lieu de ces Murciens d'aujourd'hui, qui se couchent tôt et se lèvent tard, qui font par jour cinq repas très-exactement et qui emploient une grande partie de la journée à fumer le *cigarro*, les habitants arabes de cette cité étaient... des hommes très-courageux et qui bravaient bien souvent leurs souverains, etc.» (*Recherches*, t. I, ed. de 1849, págs. 66 y 67.) «Los huertanos son gente que no les gusta vivir en la duda y el engaño, y por otra parte no son perezosos», declara, como respondiendo á esta imputación, el Sr. Marín Baldo (*Op. cit.*).

el pañuelo, coronando el busto, y reemplazada ya con frecuencia por el sombrero alicantino de anchas alas,—como imposición de otros tiempos y recuerdo de la indumentaria de los siglos xv y xvi,—ajustada perfectamente á la cabeza la graciosa *montera*, de terciopelo negro, aguda, proporcionada y elegante; no usa pelo alguno en la cara; la gruesa camisa de lienzo, cargada de bordados en las *pecheras*, en el cuello, que es ancho y en los puños con que se cierran las mangas en las muñecas y que son cortos; el chalequillo ó *jubón* de matices abigarrados y salientes, con dos ó tres docenas de botones de plata *afiligranada*, tanto más grandes y abundantes, cuanto mejor ha sido la *cosecha* de la seda ó tiene más dinero; la faja de seda ó de lana carmesí á la cintura, con una tercia de ancho y como tres varas de largo, cubriendo la mitad del *jubón* y ciñendo los *zaragiuelles*, de blanquísimo lienzo, anchos como *nagiuetas*, almidonados, en señal de lujo, que nunca llegan en tres dedos á la rodilla, y cuyo uso va desterrándose entre los murcianos; las *calcetas*, blancas y de algodón, bajan desde la pierna, donde van sujetas con apretada liga, hasta la garganta del pie, presas con la *trabilla*; las *alpargatas*, que no le cubren sino dos dedos del pie, y que se sostienen por una cinta negra, con una sola vuelta á la pierna; y sobre todo, la indispensable y característica *manta*, de cuatro varas de largo y dos de ancho, remedo del jaique moruno, de la que no se desprende ni en el verano; de brillantes matices, formando *viras vistosas*, de flocadura oscilante, echada sobre el hombro, trabajada antes en Espinardo ó en Lorca, morellana y de cuadros ó tiras azules hoy, y el típico *plantón*, vara gruesa de fresno que nunca abandona, como la *manta*, sino cuando asiste de oficio á algún bautizo, á algún matrimonio ó á algún entierro, ocasión en la cual reemplaza y sustituye por la capa de paño pardo y grueso del país, de cuello alto y desproporcionado, y que como vínculo pasa de una á otra generación sin accidente (1).

(1) Esta particularidad reparable viene á demostrar el hecho de que la población de la huerta, á despecho de la persecución que sufrieron mudejares y moris-

Nadie podrá negar pues, al ver ataviados de tal suerte á los habitantes de tu huerta, la progenie oriental de los mismos, la cual resplandece en el tipo de los hijos de tu provincia, como se manifiesta y perpetúa en sus hábitos y en sus tradiciones, en su carácter y en su temperamento. Falta de solidez y humilde es su vivienda, sin cimientos, y por sus propias manos construída; edificio rústico, deleznable y mal seguro, característico y propio en la huerta y que hubo de recibir nombre de *barraca* de la población bereber que allí acrecentaron los almoravides y los almohades en el siglo xii (1); de barro están labradas las paredes, con hileras de *atobas* (2), por el mismo huertano fabricadas, y unidas también con barro, «cuatro palos,» ó troncos secos de girasoles, que nacen y crecen en dos meses, «sostienen la *lomera*; ocho *cañizos* y *albardín* (3) la forman,» y en el *perfil de su cimera* (4) se ostentan dos modestas cruces, como recuer-

cos en los días del tercer Felipe, fué y continuó siendo morisca, y que para alejar toda sospecha de los cristianos viejos, aceptó únicamente la capa como prenda cristiana y la *montera*, aquélla para poder asistir á la iglesia con toda solemnidad y ésta para poder cohonestar el uso del turbante.

(1) Véase acerca de esta palabra el Vocabulario de P. Alcalá, el *Glossaire des mots espagnols et portugais dérivés de l'arabe*, de Dozy y Engelmann, pág. 236, y el del Sr. Simonet en la palabra *Barga*.

(2) Ladrillo de barro sin cocer; en Castilla *adobe*; en Murcia se conserva con más pureza la palabra arábiga: *al-lob* (*Glossaire*, etc., pág. 46).

(3) Planta parecida al esparto (*al-bardí*) con la cual se cubre las barracas (*Glossaire*, etc., pág. 66).

(4) «Desde hace muchos años, no sé cuantos, pero de seguro que se elevará á tantos, que podremos decir: desde hace siglos el huertano de Murcia vive con su familia en una habitación llamada *barraca*, que viene á ser un término medio entre la choza y la casa...» «Estas barracas se hacen hoy del propio modo, con los mismos materiales, forma y dimensiones, que las hacían los abuelos y los antecesores de nuestros huertanos contemporáneos...» «Las barracas se hacen por los mismos labradores, que á su vez fabrican los adobes para los muros, plantan los girasoles que nacen y crecen en dos meses, para vender las *coronas* que producen, y conservar sus troncos fuertes y ligeros después de secos, sirviéndose de ellos como maderos de construcción de su armadura.» «Ellos cortan las cañas y las secan, para tejer con sus manos los dos faldones ó vertientes de la cubierta, que recubren de los llamados mantos de albardín.» «No queda ya otra cosa que hacer, para dar por terminada una barraca, que la puerta y algún ventanillo y la cruz, que son las piezas de carpintería de todo el edificio, y estos se adquieren el jueves en el mercado de Murcia y vienen sobre la *sárria* (serón) del borrico que sirve para ir á recoger las basuras de la ciudad; y cuestan estas piezas de carpintería de taller de tres á cuatro duros, ó cuando más cinco ó seis.» «El pavimento

do acaso de aquellos días de persecución para mudejares y moriscos, en que necesitaba el huertano patentizar y hacer alarde de sus creencias religiosas. No cae el agua, cuando llueve, dentro de la *barraca*, «durante al menos hasta la mitad de su vida, no se sabe por qué; el viento no la derriba, por otra causa que tampoco tiene explicación, ó porque los vientos de Murcia no son muy recios; pero una *avenida* extraordinaria del río, una chispa imperceptible de fuego, destruye aquel nido,» sin dejar rastro de él sobre la tierra. De planta rectangular, y cual si todavía al abandonar el lecho con las primeras luces de la mañana, tuviera el huertano que dirigirse al *quiblah* para hacer el *assalah de assobhi* ó la oración del alba (1), la barraca, que carece por lo común de otra abertura, tiene su puerta principal al mediodía; en el ángulo de la izquierda, y según el rumbo, de dos á seis *tinajas* donde reposa para beber el agua de la acequia, pintadas de almagro, con *paños* de lienzo blanco que les cubren y encima *tapadores* de madera blanca por lo regular y pintados de azul ó verde, conforme la posición del huertano lo consiente; sobre el fresco *tinajero*, cierto número de jarras, de boca ancha y agallonada y á las cuales llaman *tallas* en Andalucía, convida á beber el agua, y por cima, dos ó tres *lejas* ó vasales, con guarniciones de madera calada, en cuyas labores se perpetúa la tradición arábica todavía, «adornan y cierran hasta el *techo* aquel ángulo con una porción de enseres de cocina y de

se reduce... á sentar bien la tierra con un pisón, y barraca terminada, para habitarla inmediatamente...» «Después viene el hacer un corralillo para los animales de la casa, y los asientos de la puerta, y la hornilla á la intemperie, y el emparrado para los bailes, y la colocación de las tres ó cuatro andanadas de zarzos para la cría de la seda, las *lejas* para platos y tazas sobre el tinajero, y el gancho de madera para la jarra del agua, que se halla destinada al transeunte que venga á ella para apagar la sed» (MARÍN BALDO, *La barraca, cuadros de costumbres murcianas*. —Murcia 1879, —páginas 14 á 16).

(1) «El *açala de açobhi* es el *açala* del alba; y su primera ora es quando quiebra el alba al sol saliente, y la postrera ora es la blancor clara que se quita la escuredad y se esconden las estrellas antes que salga la pestaña del sol: entre estos dos tiempos ay un tiempo mediano y lo mejor es en su primera ora» (*Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y çunna, Memorial histórico esp.*, t. V, pág. 269).

servicio de mesa,» entre los cuales no es difícil encontrar aún alguno de los platos ó escudillas de reflejos metálicos que han recibido nombre de hispano-moriscos, y tanto precio alcanzan en el mercado de antigüedades.

Á la derecha, sin chimenea ni respiradero, está el *fogón* (1); «un poco más allá del *tinajero* y en el mismo lado, hay una grande arca de madera blanca, con herraje de refuerzo en los ángulos y levantada sobre cuatro sostenes, en la cual se guarda la ropa,» los comestibles para el día, y éste ó aquel instrumento de labranza que se puede perder, ó que es muy necesario y de bastante coste.» En el último tercio de la vivienda, dos sábanas tendidas, «impiden que se vea el lecho del matrimonio, de los hijos grandes y pequeños y de todos sexos, y hasta de algún convidado; las camas son por fortuna tan capaces como altas: cinco, seis ó siete colchones de paja de maíz ó de cáñamo la componen, y un tablado gigante,» siendo en su menor elevación de ocho pies, aunque el huertano jamás duerme en ella, á no estar enfermo, ni la huertana tampoco, si no es en la ocasión del parto, completándose el ajuar con ocho ó diez sillas de *soga* entrelazada, de poca altura y tosca madera blanca, pulimentada por el uso. Y para que sea aún más manifiesta la eficacia de la tradición oriental en el huertano, al paso que él y sus hijos varones, mancebos ó zagales, se sientan á comer á la mesa, pequeña y baja, como en toda Andalucía, la mujer y las hijas comen de pie, en el suelo, sobre el arca ó andando (2).

(1) «El humo, dicen los huertanos de Murcia, no hace más que ennegrecer las paredes, y sobre todo, si quiere salir que salga por la puerta, que siempre está abierta» (*El huertano de Murcia*, art. publicado por don Luis Alarcón y Fernández Trujillo en el *Semanario Pintoresco Español*, t. de 1845, pág. 106).

(2) Describiendo la vivienda del huertano rico, dice el Sr. Marín Baldo, en su citado episodio novelesco: «El que no conozca las costumbres de la huerta de Murcia y lo que es la vivienda de un rico huertano, difícilmente podrá formarse idea del tinajero y los lebrillos y los paños bordados y el vasal ó lejas rellenas de platos, tazas, jicaras, copas y jarros de todos colores, agrupados en forma tan caprichosa y adornados en día de gala con flores, albahaca, naranjas, limones y calabazas de olor que forman un conjunto de alegría y de limpieza y de buen gusto indescriptibles.» «Pasando de esta primera habitación á la entrada de la casa, generalmente por debajo de un arco de medio punto, se tiene á un lado la cocina-

Cuando, gentil y jubilosa, cubriéndose de galas y de pompas despierta la naturaleza á los halagos de la primavera; cuando á los días tristes del invierno suceden las sonrisas regocijadas de tu cielo límpido y sereno, y tu huerta se atavía esplendorosa y coqueta, comenzando á vestir de hojas y de azahares las moreras y los naranjos, y brotan las preñadas espigas, y se llenan de flores tus jardines,—el afán de tus hijos de la vega, la esperanza que les anima y sostiene con la promesa del suspirado beneficio, cultivado conforme á la costumbre que de una á otra generación se ha transmitido—es el gusano de seda, hada maravillosa que premia sus trabajos y ha de permitirles, según la cosecha, modestos desahogos, ya en el mayor aderezo del traje, ya en la mayor comodidad de la barraca. Encerrada la simiente hasta entonces en la tradicional bolsa de lienzo,—como invocando la protección divina para que no se *esman-garille* ó pierda, en conmovedora procesión van tus huertanos

comedor con su gran hogar y chimenea, en cuyo fondo se encuentran los hierros para colocar la caldera ó las sartenes al fuego, y en la llamada leja de la campana, un centenar de ollas y cazuelas de barro sin estrenar, formando pirámides armadas con ingenio y buen gusto.» «En un lienzo de la pared, se halla colgada la batería de cobre, en la que aparecen tres ó cuatro y más chocolateras, alguna de ellas extrémadamente grande, pero así como todos los otros utensilios que venimos describiendo, jamás se usan.» «Allí están como un adorno y nada más.» «Sólo en alguna solemne ocasión suelen hacer un chocolate en la huerta de Murcia.» «Yo recuerdo cuando á la tía Pepa la *Cavernera*, que vivía en el partido de la Flota á la salida de la Puerta Nueva, le preguntábamos un día... cómo se hallaba su marido..., y la pobre mujer muy afligida nos contestó diciendo:—*Mu malico. Anoche pensamos que se nos iba á rematar y hubo que dalle el chocolate al pobre, pero me parece que no escapa de ésta.*—«Es decir, que el chocolate se aplica á los enfermos en último extremo como una medicina.» «Las recién paridas también suelen tomarlo, y en los bautizos y bodas es cuando se luce la gran chocolatera, que le caben dos libras y más de este brevaje.» «Dejando á la derecha la gran cocina-comedor y á la izquierda la escalera que sube al piso alto, se pasa desde el recibimiento en que está el tinajero al corral donde se halla hacinada la leña de la escarda de las moreras y que ha de servir para el horno y la cocina y la chimenea todo el año.» «Allí se encuentran algunos aperos de labor y andan como Pedro por su casa las gallinas, las palomas, algunos cerdos ó bien una manada de gorrillos que andan en tropel hocicando todos á una las ubres de su madre.» «Al fondo del corral las cuadras y por algún rincón gallineró, palomar, perrera y pajar.» «En el piso alto hay algunas habitaciones para dormitorios y graneros.» «Tal suele ser la casa del huertano rico de Murcia» (Núm. 162 del *Semanario Murciano*).

á *llevarla al monte*, es decir, á ponerla al pie de la imagen de la Virgen de la Fuen-Santa, el primer viernes de Marzo, ó á San Cayetano ahora; y desde aquel momento, con el amoroso anhelo de la madre cariñosa, con el cuidado más escrupuloso y exquisito, toda la atención de aquellos honrados rústicos se halla reconcentrada en el gusano de la seda. Para que se avive, acondicionando la simiente dentro de la bolsa, comparten con ella su lecho, dándole su calor todas las noches, á medida que asoman en las ramas de la morera los primeros brotes; ya está prevenida y dispuesta, tejida con fino esparto, la *cauza* circular, especie de receptáculo revestido de papel al interior, donde depositan después su tesoro y que cubren con otra hoja de papel lleno, á modo de criba, de pequeñas perforaciones circulares, por las cuales debe surgir, menudo y negruzco el gusano; ya están también prevenidos y dispuestos los *pliegos* de papel en que, sobre los tiernos primeros brotes de la hoja, han de ser separados los gusanos, según ellos se agrupen y conforme al tiempo en que vayan saliendo, para *igualarlos* luego, distribuyendo la hoja á proporción para que resulten todos con los mismos *cebos*.

Con qué solícito afán, mientras el hombre trabaja en la huerta, cuida la huertana de los *zarzos* en que ha colocado los *pliegos* del precioso animalito! Antes se olvidará de dar el pecho al pequeño, que llora desgrefinado sobre el suelo de la barraca,—que de proveer de hoja al gusano, y de sacar durante las horas en que el sol está en toda su fuerza las sillas sobre las cuales ha de tender los *zarzos*, los aros y las mantas, con que ha de formar la *tartana*, estufa rudimentaria en la cual el gusano revive sin que le dañe el calor vital á los rayos del sol ardiente. Con qué escrúpulo prepara en la barraca los tenderetes encima de los que por la noche recoge ordenadamente los *zarzos*, y con qué cuidado, cuando el industrial gusano ha dormido de la una, *descara* ó escoge en pliegos separados los que van iguales, y sigue practicando la misma operación, cuando ha dormido de las dos, de las tres ó de las cuatro! Entonces, así que ha hecho la

última dormida, que es también la última muda,—la barraca se transforma: marido y mujer fabrican de *boja* (atocha) los *frailes*, rodeando antes los zarzos de aquella materia textil por sus cuatro extremos; agrupan y separan los gusanos con pequeños caballetes de *frailes*, y qué ventura si ninguno de aquellos animales, blancos y ya grandes, se ha vuelto *mona*, si ha habido hoja bastante para su alimento, y es llegada la ocasión de que teja el *capillo*! Entonces, cebado ya el gusano, cesa el alimento; y preservado de los malos vientos, así como también de la intemperie, comienza á tejer de hebras sutiles con la seda que en forma de baba arroja por la *trompa*, la célula amarillenta donde se encierra y que ha suspendido mañoso de la *boja*. Allí dentro, cerrado herméticamente, experimenta su última transformación aletargado, y de allí, cuando al cabo de veintiún días por lo menos se aviva, rompiendo el capillo vuela convertido en blanca mariposa.

Poco más de seis semanas han bastado para que la simiente, con deleite indecible del huertano, haya verificado tales cambios: cuando el gusano sale del huevo, es verdaderamente imperceptible; pero poco á poco y á fuerza de cuidados en aquel tiempo, llega á tener hasta cuatro pulgadas ó sea 165 veces su volumen, cambiando antes cuatro de piel y de color y aun de figura. La excrecencia sedosa que á modo de baba desprende, y con la cual fabrica el admirable *capillo*, que el hombre con ingenio no menor ha aprendido á devanar,—forma una hebra tan sutil, que para cada una de finísima seda, son necesarias cinco ó seis de aquellas, siendo la longitud por lo común de la hebra no menos de 700 á 1,100 pies, de manera que 2,500 capillos arrojan una libra de seda hilada. Una vez convertido el gusano en blanca mariposa, únese en amorosa cópula cada pareja; y poco después de fecundada la hembra, deposita los huevecillos en las sábanas tendidas al efecto, muriendo en breve el matrimonio, aunque no sin dejar quien perpetúe la especie. En la actualidad la simiente así obtenida, carece de valor, pues se ha

perdido y pierde en la huerta, haciéndose necesario que los industriales franceses provean de ella al huertano, quien la paga con el valor de la seda, que pasa casi íntegra á las fábricas de la vecina república, de donde vuelve á España convertida en lujosas telas que son gala y adorno de los elegantes (1).

(1) Todas las faenas á que obliga la cría del gusano, han sido en el lenguaje de la huerta discreta y pintorescamente recogidas en un romance que con el título de *El busano de la sea*, escribió el distinguido literato murciano y amigo nuestro D. José Martínez Tornel, y fué premiado en los juegos florales de 1874.—Bien quisiéramos reproducirlo entero para regocijo de los lectores, y para que puedan formar idea del lenguaje de la huerta; pero no siendo esto posible para nosotros, dadas las dimensiones del romance y la índole de la presente obra, nos contentaremos con transcribir algunos trozos. El citado romance principia:

—«El busano de la sea
se esmangarrilla ensegua,
si no se le dá tóo el cúdio
que el alimal nesecita;
y sa mester, caballeros,
al fin y á la prepartía,
que los que hamos estudiao
la gramática latina
esperfollemos los libros
y espicacemos la Biblia,
pa fin de dar con el ese
que al busano da esa inquina,
que mos deja sin cosecha
y por tanto sin comía.
...
»La sea viene perdiéndose
porque el busano se inquina,
se recula entre los zarzos
y se muere panza-arriba.
...
»Es que el busano está malo,
empenalizao, y con tirria,
porque lo han tratao mal
dende la primer dormía,
...
»La simiente la tratais
como una cosa perdía,
la meteis entro del arca,
y allí la encajais encima
los zaragüelles, la manta
morellana y la otra fina,
la canana con cartuchos
y las senaguas de viras;
y la simiente está ahogá,
y se le seca la agüiquia,
ande se mantíe el busano;
...
»La simiente la pondreis
ande haya mucha ventila,
esparramá en cernaores,
ó en una jarrá metía:
ande no haya olor á istiércol,
ande no se pudran crillas;
que no tenga azarbe cerca,
ni regaeras corrompias,
porque los malos olores
á cualquiera prejudican.
...
»Pa revivir el busano
se echa en una cáuza limpia
de esparto seco y picao
la simiente, y se le aviva
con el calor presonal
de alguna presona misma,
que esté sana, que no tome
enjuagues, ni medecinas,
y no le güela el sudor
como á Perete Cosquillas.
...
»Cuando ya sale el busano,
dentro de la cáuza misma
se echan hojas de morea
de las más finas, más finas,
porque como es pequeniquio
no tiene dientes tavia,
y la hoja tierna es lo mesmo
que si le dieran papillas.
Entonces se abrigará
con el sol de mediodía,

Los gusanos que se vuelven amarillos, reciben el nombre de *sapos*, y el labrador los dedica para *sacar la hijuela*, ó sea la seda fuerte con la cual son tejidos los ornamentos de la iglesia, y de la que se extrae por la industria las sedas y los torzales que sirven para la costura: llegado el animal al último estado, experimentada la postrer transformación, después de la cuarta muda ó *dormida*, y preparada la cubeta de vinagre, es arrojado en ella hasta fermentar, en cuya ocasión con grande regocijo, las mujeres, que son generalmente las dedicadas á tales faenas, van uno por uno partiendo los gusanos y extrayendo de ellos recias membranas, á modo de músculos, de cerca de tres tercios de longitud, y de dorados matices, con las cuales forman hacecillos que maceran en agua durante algún tiempo y que después tienden al sol para que se sequen. Es ésta la seda de más subido precio y más estimada por sus aplicaciones especiales, obteniendo el huertano, ya de la del *capillo*, ya de la de la *hijuela*, ganancia que no excede, según la *cosecha*, de doscientas á doscientas cincuenta pesetas, no existiendo barraca ni casa en la huerta ni en los pueblos de

sin ponerlo al rechichero,
porque entonces se encorvilla;
se huirá de que el año frío
le arremeta una embestia.

»Algunos por alantarlos
los tienen al sol tóo el día.

»Un calorciquio suave
el busano nesecita.

»El busano, méntres vive
sólo hace cuatro dormias,
y duerme con calentura,
y no come, ni se enclina,
y está muy mal humorao,
en clis, como la pulítica.

»No he leío en nengun libro,
ni tampoco en la cartilla,
la moa é meter los deos
al busano en las dormias:

el más sabijondo no habla
ni siquiá una palabriquia,
cuando *al dormir de las tres*
el busano se encorvilla;
y es una muerte dejar
el suor y las fatigas
que representa el busano,
pa tirallo á la bardiza.

»Cuando se empeora el busano
en cercunstancias tan críticas,
lo mejor es oreallo,
si no son muy malos días,
quitalle el lecho caliente,
alegrarlo con hojiquias
frescas, que esté ancho en los zarzos,
y mú poco de comía;
que si al busano le sale
de calidá el ser seista,
él se subirá á los frailes
á hacerse la capilliquia.»

ella, en la cual no se cultive el gusano. Cuando la primavera se adelanta y empiezan á brotar las moreras, con qué afán el huertano procura adelantar también la cría del gusano, para que cuando en la procesión de la Semana Santa salgan los admirables *pasos* de Salzillo, y entre ellos el de *Nuestro Padre Jesús*, escultura que fué traída de Italia, vaya en él el gusano industrioso trabajando su capillo, pendiente de los adornos de la peana sobre que se sustenta la veneranda efigie del Salvador del mundo! Qué entusiasmo produce en aquellos piadosos y crédulos labradores el espectáculo, y qué grande es el efecto de la consagración religiosa que la cría del gusano adquiere en acto semejante!

No es ésta sin embargo la única tradición perpetuada de los antiguos tiempos en la huerta. Mezcladas y confundidas las procedentes de los moriscos y de los cristianos, mientras en el traje, en las actitudes y en la manera de condimentar el alimento son aún guardadas las costumbres de los primeros, así como en muchas de las fiestas,—en otras y en los *juegos* se conservan las adquiridas de los cristianos por aquella población ya exótica. Quien contemple al huertano, vestido el característico traje que usaron sus cuartos abuelos y hemos procurado describir arriba, y que así como tiene los quehaceres agrícolas repartidos por estaciones, distribuye los divertimientos por temporadas que observa religiosamente «como las fiestas de mayor precepto, haciendo en rigurosa alternativa *tostones* en Enero, *moragas* en Mayo, *monas* por Pascua de flores, *kogueras* por la Cruz y por San Juan, *tortas* por Navidad y *bailes* por todo el año» (1); sin más pasión violenta que el amor, ni otro fuero especial que el de la venganza; conservando el ceremonioso ritual de sus *bodas* y *tornabodas*, dándosele hasta hace poco un ardite de todo, satisfecho «sino se le *corren* los trigos, ni le corta el *callueso* los

(1) GISBERT, *Historias, escenas y costumbres murcianas*, Revista de España, t. LII, pág. 499.

pimentonares, ni se le cuelgan los gusanos de seda, y gruñendo solo y renegando, antes, cuando llegaba á la era la mula del diezmero, hoy cuando le apremia el cuarto por real del sistema tributario, y siempre, cuando las quintas le roban los mejores mozos» (1); quien le vea disponerse á participar de los regocijos con que brinda ora en Setiembre la fiesta de la Virgen de la Fuen-Santa, patrona de Murcia desde 1731, regocijo al cual asiste, ya acompañando á su pareja, montada en humilde jumento, ya llevando á las ancas de la yegua con orgullosa ufanía y vistosamente aderezada con el traje de boda á la gallarda muchacha que ha recibido por esposa; ora la romería de San Cayetano, el 7 de Agosto, en Monteagudo, donde concurre el huertano indefectiblemente, á pesar de que suele en Murcia decirse que

el que va á San Cayetano,
sale de Nazareno,
y pasa la canal,
es asno cabal;

ora el día de la Virgen de la Asunción, el 15 de Agosto, á los *Alcázares* en las orillas del Mar Menor, donde la locura de la gente moza llega verdaderamente á punto indeterminable; quien presencié sus *juegos*, los cuales, en medio de las aberraciones y de los abusos que en ellos se comete, no carecen de interés literario por lo que representan y significan; quien advierta finalmente el sentido que revelan la *fiesta de los Reyes*, y la del día de Inocentes en el Lugar de Don Juan y en otras poblaciones de la huerta,—no podrá menos de quedar sorprendido y aun maravillado al considerar la forma en que han venido á sintetizarse, fundiéndose, las tradiciones originarias de musulimes y de cristianos, perpetuadas hasta nuestros propios días.

Cierto es que ni el barullo, ni la animación, ni la alegría, ni

(1) GIBBERT, *Historias, escenas y costumbres murcianas*, Revista de España. t. LII, pág. 499.

ninguna de las manifestaciones más ó menos conformes con la cultura de los modernos tiempos que caracterizan las fiestas y las ferias murcianas, son privativas exclusivamente de aquella región privilegiada: ni los excesos, ni las irreverencias, ni los abusos, ni nada de cuanto excede de la esfera del orden, puede achacarse especialmente á los murcianos, pues de igual modo en el lugar más apartado del norte que en el del mediodía, en las comarcas de levante que en las de poniente y en las centrales, el regocijo popular se expresa por análogos medios y caminos, con afluencia de gentes que van á divertirse con el pretexto de la romería, ómnibus, riperts, tran-vías, simones y carruajes particulares en unas comarcas, galeras, tartanas y faetones y victorias en otras; bullir de jinetes, cuyas monturas lucen moriscos arreos ó *quitapones*, ó severos aparejos á la inglesa; romeros que parecen regueros interminables de hormigas por las sendas; grupos de familias sobre la alfombra de los campos, celebrando con abundosa merienda el asueto; borrachos decidores, niñas melindrosas ó provocativas, voces destempladas, repiques de campanas, requiebros agudos, palabras soeces, quimeras, bailes, músicas, fenómenos, cohetes, buñuelos, rosquillas, tortas... todo cuanto puede contribuir y contribuye de seguro á ofuscar y desvanecer la razón, á excitar los nervios y á olvidar que el hombre se diferencia de los animales. No puede desconocerse sin embargo, que en todas estas fiestas, siempre hay algo peculiar de cada región, notas especialísimas, como los trajes por ejemplo, los comestibles, los vehículos, el lenguaje, las ocurrencias, las músicas, los bailes, los ademanes y el acento; pero por lo demás, y fuera de la costumbre de bañarse en el Mar Menor tres ó cuatro veces al día en la fiesta de los Alcázares, ninguna diferencia sustancial existe en la forma de expresión de estos desahogos que buscan todas las clases sociales, sin distinción confundidas en un mismo pensamiento: el de divertirse quizás los unos á expensas de los otros.

Algo de más especial y privativo, si bien común asimismo á